

LA GOTA DE VINO

La cena estaba siendo todo un éxito. Habíamos preparado la mesa en el porche: aunque alquilamos por si acaso un par de estufas de terraza, la verdad es que no tuvimos que encenderlas: la temperatura era ideal. Para crear un contexto perfecto renovamos las flores del jardín y colocamos unos hachones eléctricos de modo que la iluminación fuese abundante pero indirecta. Poco antes de que llegasen los primeros invitados activé el riego para que el frescor del césped impregnase el ambiente. Además, Rosa encendió unas velas de olor para darle al aire un toque de canela.

Encargamos la cena a una empresa de *catering* que incluye en su oferta menús de varios restaurantes conocidos. Acordamos que lo preparasen todo y que sirviesen los aperitivos y entrantes. Luego se irían y nos encargaríamos nosotros de lo demás. Y así hicimos: tampoco éramos tantos, diez personas, y pensamos que así tendríamos más intimidad, y también más ocasiones Rosa y yo para hablar con unos y con otros.

Todo estaba saliendo perfecto: los del *catering* fueron puntuales y eficientes, y la comida mereció alabanzas de todo el mundo: los crujientes y tempuras; las espumas de marisco; el foie con puré de manzanas y reducción de vinagre de Módena; el *carpaccio* de lubina a la albahaca: todo fue del gusto de nuestros invitados, aunque la verdad es que lo que más disfrutaron fue el arroz caldoso con colas de bogavante. Esto nos satisfizo particularmente, porque fue una apuesta personal contrastar los platos sofisticados del principio con algo más tradicional y succulento para el plato principal.

La comida fue uno de los temas de conversación, como es lógico, pero no fue el único: aunque se evitó el siempre escabroso asunto de la política, se habló de modo ameno y distendido de macroeconomía, y de los últimos estrenos teatrales de Londres, y hasta se produjo un interesante debate acerca de cuál es, para el viajero, la ciudad más hermosa del mundo.

Ya habían terminado todos el arroz con bogavante. Miré a Rosa, que estaba elegantísima con un largo y escotado vestido negro que había comprado para la ocasión en Loewe, y nos sonreímos con placer. Estaba yo pensando en retirar los platos para servir el postre cuando me di cuenta de que algunas copas estaban vacías, justo las de aquellos que habían preferido acompañar el arroz con un estupendo tinto de la Ribera del Duero que les recomendé, y no con el más típico Albariño de los demás. Sabía que había gente que, para limpiar los sabores de la boca, le gustaba tomar una última copa de vino antes de los postres. Así que cogí la botella y rellené las copas, siempre con cuidado de retirar la botella girándola ligeramente, al tiempo que la levantaba, para evitar que gotease.

Cuando terminé de servir el vino coloqué la botella sobre la mesa. Entonces vi que una gota de oscuro tinto estaba resbalando por su cuello camino del blanquísimo mantel. Caía despacio, muy despacio, con una lentitud exasperante, como si en vez de caer se arrastrase. La seguí durante unos instantes con la mirada, pensando que quizá acabase por extinguirse disuelta en su húmedo rastro.

De repente la gota pareció soltarse de no sé qué amarre y aceleró su caída precipitándose al vacío. No intercalé conciencia. No me dio tiempo. No pensé. Simplemente hice algo para evitar que aquella maldita gota llegase al mantel y estropease su blancura inmaculada y con ello mi cena perfecta: por eso le di un lametazo.

Sí, le di un lametazo al cuello de la botella para llevarme con la lengua aquella intempestiva e inoportuna gota de vino. Durante unos instantes creí posible, deseé quizá, que nadie me hubiese visto. Pero el repentino y completo silencio que se hizo de pronto allí, en el porche de mi jardín, me dijo bien a las claras que cada uno de mis invitados era consciente de lo que había ocurrido, como si todos ellos hubiesen estado mirándome justo en ese momento, atraídos quizá por mi atenta observación de la gota de vino.

Repasé sus rostros uno por uno: miraban mis comensales sus platos con fingida concentración, como si la decoración de la vajilla escondiese los más apasionantes enigmas. Miraban sus platos, jugaban maleducadamente con los restos de la comida, hasta hacían girar sus copas y con ellas el contenido de sus copas, pero en silencio, en absoluto silencio. Y eso fue lo peor, que nadie dijese nada. Porque si hubiesen comentado algo, si hubiesen criticado mi comportamiento, incluso si me hubiesen recriminado, todo hubiese sido distinto. Podría en tal caso haber retirado la botella, y descorchado otra, y cambiado las copas, y podríamos habernos reído todos juntos de las malas pasadas que nos juega a veces el cerebro. Pero no: nadie dijo nada, nadie se quejó. Por eso no pude disculparme, ni explicarme. Por eso supe que todo había acabado.

He dicho que todos miraban su plato. Pero esto no es exacto: alguien me miraba fijamente con gesto horrorizado: Rosa.

Alberto

<http://sector17.epsilon.es>